

FEMINISMO Y MATERIALISMO EN ROSA BELTRÁN

Ana Gallego Cuiñas

El ensayo que presento tiene un objetivo: pensar el modo en que se relaciona el feminismo con el materialismo en la poética de la escritora mexicana Rosa Beltrán. Este cruce de categorías ha sido poco explorado en el ámbito de la ficción y en el de la crítica en lengua castellana, a pesar del interés que ha despertado en distintas corrientes de pensamiento, como el feminismo materialista de Delphy y Kergoat o la *Thing Theory* de Appadurai y Bennett. Sin embargo, Beltrán ha hecho de ello una seña de identidad literaria que la sitúa en una de las zonas de debate más provechosas para articular las problemáticas de la materialidad y del materialismo desde una perspectiva de género en el siglo XXI.

Para probar esta hipótesis me centraré en el análisis de dos de sus novelas, *Efectos secundarios* (2011) y *Radicales libres* (2021), que muestran la forma en que la literatura de Rosa Beltrán trabaja con estos temas y problemas: primero, el libro como cosa frente al libro como mercancía; segundo, la mujer como clase social, el modo de producción doméstico y la apropiación del cuerpo. Las dos líneas habilitan una serie de interrogantes en torno a la materialidad y al feminismo que constituye un doble marco epistemológico para discutir la historia social del libro, de la lectura, y la historia social de las mujeres en la contemporaneidad.

Nuevos materialismos: el libro como mercancía y el libro como cosa

El mercado del libro en el último cuarto de siglo ha devenido en un territorio en extremo balcanizado, más dado a disputas, jerarquías, diferentes modos de producción material y regímenes heterogéneos de valor literario.¹ Con el telón de fondo de la violencia mexicana, *Efectos secundarios* de Rosa Beltrán da cuenta de esta realidad que también implica una forma de violencia material y simbólica: la superproducción de libros desechados y la pérdida de lectores en el capitalismo neoliberal. Y lo hace desde un encuadre que podríamos asimilar a los denominados “Nuevos materialismos”, que cuestionan la línea divisoria entre sujeto y objeto, palabras y cosas (Appadurai), o en nuestro caso: entre lector y libro. Esta corriente parte de la base de que las cosas, los libros, son “actantes” (Latour) que tienen agencia y producen efectos (secundarios) y afectos en la formación subjetiva de las personas y de las comunidades. Como defiende Jane Bennett en *Vibrant Matter* (2010), la vitalidad de la materia significa que las cosas *hacen*, que no tienen solo un valor de cambio y de uso sino un valor social. Entonces, las preguntas se precipitan: ¿qué hacen los libros en el siglo XXI? ¿Cómo nos afectan?

La primera respuesta que encontramos en el texto de Beltrán ya ha sido señalada por la crítica y tiene que ver con la problematización del género como medio discursivo en la novela (Sánchez Beceril; Estrada). En rigor, *Efectos secundarios* pone de relieve la importancia de la cosa-libro como artefacto que cristaliza la tensión entre lenguaje y género, a través del acto de la lectura como constructora no solo de *educaciones sentimentales* sino de subjetividades. El enfoque en este punto es muy similar al de Monique Wittig en *Les Guérillères* (1969)² y al de Angélica Gorodischer

¹ En mi libro *Cultura literaria y políticas de mercado* (2022) desarrollo este tema con mayor detenimiento.

² Esta novela la cita Beltrán en una entrevista a propósito del juego con el género en *Efectos secundarios* (Samuelson 150). No es baladí que Wittig sea una de las exponentes del Feminismo Materialista francés y que luego aparezca citada ella y su libro en *Radicales libres*: “un

en *Doquier* (2002), ya que “con la masculinidad del lector implícito de toda obra y la recurrencia de personajes masculinos como héroes” (Sánchez Becerril 1268) se impone un canon literario heteropatriarcal que se perpetúa en el tiempo. Este sesgo lo manifiesta la voz narradora de *Efectos secundarios*, cuya subjetividad se hace en función de lo que lee en cada cosa-libro: “Al leer el *Quijote*, yo era el caballero de la triste figura y no Dulcinea del Toboso [...] Era Leopold Bloom, Gregor Samsa, Jekyll y Mr. Hyde” (52). Por esta razón, a lo largo del texto va cambiando de género en función de sus lecturas hasta convertirse en mujer narradora: “leer es un acto travestista [...] Leer te permite ser quien tú quieras. Es un acto transgénico. Un acto radical también” (85). La lectura, como el género, es un efecto de travestismo y de subversión que (re)produce la cosa-libro.

Esta metamorfosis de la identidad tiene una base material y política. Como sostiene Oswaldo Estrada, la transformación se da “porque hablando como mujer, en femenino, siente que es capaz de ‘darle voz a las invisibles y las desaparecidas’” (223) de la sociedad mexicana y de la historiografía literaria. Pero también porque la lectura —otra víctima, invisible y desaparecida— es la verdadera heredera de la imaginación y del pensamiento crítico cuando el libro actúa como cosa, cuando tiene agencia. Sin embargo, la pieza fundamental para el mercado literario es la del escritor: “los autores tienen el papel principal. Ellos han secuestrado la literatura” (36). La industria editorial hoy día exige hacer un espectáculo de la imagen e intervención del escritor en la arena pública para fetichizarlo: “El resultado de la presentación siempre era el mismo. El autor queda como un dios que escucha lo que esperaba oír y se reconoce en cada frase, aunque las palabras que cito no sean suyas. No es necesario que así sea. El público también queda satisfecho. ¡Qué presentador! ¡Qué intensa lectura!” (41). En esta escena de la nove-

libro en que todos los personajes son mujeres y usó la fórmula para no referirse al mundo masculino jamás gracias al pronombre femenino en francés (elles) que es intraducible a lenguas sajonas” (226-27).

la queda patente que lo principal es el consumo autoral en aras del entretenimiento público, no la lectura del libro como experiencia reflexiva, solitaria, *para* la vida.³ Tal y como afirma Françoise Perus:

la “promoción” periódica, y más o menos efímera, de determinados autores y obras, con todos los recursos mediáticos al alcance, la multiplicación de “presentaciones”, las “lecturas en voz alta”, los festivales y las ferias masivas que, en asociación con un turismo también calificado de “cultural”, contribuyen a reforzar la concepción de la vida social y cultural no sólo como un ritual colectivo sino también y ante todo como un espectáculo masivo, dentro del cual la relación con el libro y la lectura deviene en un asunto mucho más público que propiamente personal y privado. (13)

Entonces, si los autores son los secuestradores de la literatura —entendida como obra y la obra entendida como cosa-libro—, los editores son sus asesinos porque privilegian los *bestsellers*, los libros de autoayuda, que se avienen a lectores pasivos, en detrimento de obras más ilegibles que requieren de lectores activos, que son los que descifran “el significado entre líneas” (61). El sentido político es abandonado en pos de la circulación comercial global y la especificidad estética es desdeñada en beneficio del producto legible y estandarizado:

Por tanto, la distancia que dentro de la literatura moderna del siglo xx se daba entre las obras literarias de consumo masivo y las de aliento más afanosamente literario, deja de figurarse como espacio infranqueable dentro de las categorías favorecidas por una industria editorial que identifica al éxito de venta como uno de los criterios de validación de la calidad de una obra y/o de un autor. (Bencomo 44)

³ Abordo este tema en mi artículo “Poéticas del mercado”.

Beltrán denuncia esto mismo: la apuesta de las grandes editoriales por la rentabilidad del *valor de cambio* de las publicaciones que se comportan como mercancías en el mercado global:

Asociadas a las grandes firmas, las editoriales diversifican sus mercados, sus objetivos y sus puntos de venta, planean estrategias para traer compradores, invierten en aparadores a la entrada del metro, de los supermercados, en las esquinas de las calles, en los aeropuertos. Organizan ferias y programas de televisión con actores de cine, consumidores y vedettes, donde se anuncia la aparición de un milagro para una determinada fecha. Que no llega, como es natural, aunque llegue. Un milagro que permanece a la espera. (73)

Estos modos de producción obsoletos generan violencia, como he dicho antes. El triunfo de un libro significa la muerte de muchos otros (Martínez Rubio 333), sobre todo de aquellos que son menos consumibles, que producen resistencia y agencia porque *actúan* como cosas. Así, lo fundamental para el capitalismo posfordista es la producción sostenida de legibilidad, la renovación de objetos y la novedad. Este ritmo productivo exasperado condena los excedentes de las obras a la guillotina y convierte a los libros en cadáveres de papel.⁴ El paralelismo del mercado editorial con la necropolítica de los mandatarios mexicanos que permiten el crimen organizado y los feminicidios es palpable en la novela. Ambas responden a políticas propias de un “capitalismo gore” (Valencia) que deja cuerpos sin vida; objetos y no cosas, sujetos que son considerados objetos. Con ello, *Pedro Páramo* —y antes *Cartucho* de Nellie Campobello— se proyecta como una sombra en *Efectos secundarios* hasta el punto de que los cuerpos de las mujeres, como los libros, como las cosas, se desmoronan como piedras ante una sociedad pasiva y cómplice.

⁴ Las librerías están ocupadas por novedades, hay poco catálogo de fondo. Los libros tienen cada vez una vida más corta, y grandes proveedores como Amazon o Iberlibro, se han convertido en grandes depósitos de excedentes de libros.

La segunda respuesta remite a la constatación de que los lectores que continúan entendiendo la literatura en su *valor de uso* y *valor social*, como subversión (modo de pensamiento o de actuación) y no como evasión (como modo de representación o contemplación), se han restringido a una comunidad especializada porque en

la cultura de la modernidad líquida ya no tiene un “populacho” que ilustrar y ennoblecer, sino clientes que seducir. En contraste con la ilustración y el ennoblecimiento, la seducción no es una tarea única, que se lleva a cabo de una vez y para siempre, sino una actividad que se prolonga de forma indefinida. La función de la cultura no consiste en satisfacer necesidades existentes sino en crear necesidades nuevas, mientras se mantienen aquellas que ya están afianzadas o permanentemente insatisfechas. (Bauman 21)

El libro entonces no se percibe en el siglo XXI, a gran escala, como un intermediario, es decir, como cosa, *efecto* o valor para la vida individual y colectiva sino como mera mercancía, *causa* de rentabilidad: “Yo [...] sólo soy un lector, lo más marginal que puede ubicar una sociedad dedicada a la producción y la rentabilidad” (84). De ahí que la práctica de la lectura activa también entre en crisis en un mercado global que privilegia al consumidor, y no al intérprete, que es quien se (auto)constituye como sujeto político con agencia. Beltrán lo deja claro en la novela: “¿Cómo puede, en un tiempo en que nadie lee, haber un libro que sea el más vendido del mundo?” (68). La paradoja está servida.

Feminismo materialista: el trabajo doméstico y la apropiación del cuerpo

Abordo aquí la novela *Radicales libres* de Rosa Beltrán desde el feminismo materialista, que pone su atención en problemáticas como los modos de producción patriarcales; el trabajo doméstico y de cuidados; la relación estructural entre género, clase y raza —que hoy día

llamamos “interseccional”– y la crítica al esencialismo y al biologicismo (Curiel). Esta vertiente feminista nace en Francia en los años sesenta de la mano de Christine Delphy como una vuelta al materialismo histórico,⁵ y también como un cuestionamiento del marxismo ortodoxo y del feminismo de la igualdad (Bolla).⁶ Luego, fue invisibilizada en los setenta y ochenta por los feminismos hegemónicos del norte y recuperada por los feminismos disidentes del sur en el siglo XXI (Rivera Cusicanqui, Lugones, Gago, etc.), por su énfasis en la discriminación de las mujeres por raza/etnia.

Esta episteme me interesa por tres motivos principales que aparecen en la última obra de Beltrán: primero, porque aboga por la no consideración de las mujeres como una unidad “ahistórica”, “universal” y “esencial”. Esto se refleja en la manera en que la narración trenza la historia de tres generaciones de mujeres mexicanas marcadas por procesos de subjetivación disidentes y por maternidades no normativas, que varían en cada época. El relato en primera persona de una narradora “no fiable” (Booth) comienza en 1968, “el año en que el mundo nos cambió” (18). Medio siglo después de que Mario Vargas Llosa abriera *Conversación en la catedral* (1969) con su célebre “¿En qué momento se había jodido el Perú?” (17), Beltrán da por hecho que el México actual “se fue a la mierda” y que no hay posibilidad de futuro si no es en clave feminista. Los feminismos, durante las seis décadas en que transcurre la novela, son distintos –las luchas son radicalmente históricas– pero una misma idea se repite: la dominación masculina (Bourdieu): “Te decían niña como si te dijeran tonta; te decían tonta como si te dijeran disfuncional; te decían disfuncional como si te dijeran mujer” (32). O: “comprendimos que a los hombres nunca les tocaría pagar por nada, porque por ser hombres podían hacer lo que quisieran y se entendía que alguna

⁵ No obstante Delphy reconoce que su famoso ensayo “El enemigo principal” se inspiró en el pensamiento, de corte marxista, de Isabel Laruin y John Dumoilin sobre el “trabajo invisible” de las mujeres en la Cuba revolucionaria.

⁶ Para las feministas materialistas la forma de explotación de las mujeres es específica, no es sólo propia del capitalismo sino que la opresión sexista existía antes; por lo que “el enemigo principal” ya no es solo el capitalismo sino el patriarcado. Estamos pues ante dos matrices de dominación.

mujer iba a arreglar el desmadre. A partir de ese día supimos que alguna mujer querría decir, tarde o temprano, nosotras” (53).

Otra idea que se reitera es la de las mujeres empoderadas que se sublevan a la norma patriarcal y a las convenciones sociales. La madre de la narradora se escapa con su amante en una Harley-Davidson y deja a sus cuatro hijos. En páginas anteriores ya nos había anunciado que su madre se había hecho una lectora voraz de filosofía y que los libros, como en *Efectos secundarios*, transforman y travisten a los sujetos: “Libro por libro vas convirtiéndote en otra persona y no puedes decir cuál produjo en ti qué metamorfosis. A mi madre la cambió no ese libro en particular sino los libros” (65). Lo mismo que le sucede a la narradora después, cuando empieza a leer los libros de su madre y se va empoderando paulatinamente: “me identificaba con los personajes de los libros que me atrapaban. No sabes de qué modo. O tal vez sí sabes, porque tú también eres lectora voraz” (99).

En segundo lugar, la novela revela las condiciones materiales de producción doméstica, no remunerada, de las mujeres de la familia; así como la diferencia entre el valor social del trabajo de los hombres y el de las mujeres: “Mientras estuvo casada no nos faltó nada pero tampoco nos sobró. Para una mujer casada de clase media no había forma de ahorrar si no ganaba su propio dinero” (54). La dependencia del varón es evidente, por eso a los ejes “cuerpo, capital y trabajo” (Moraña 183) hay que sumar los de cuerpo, sexo y trabajo. Esta forma de explotación de las mujeres como clase social es productiva para los hombres, que son los que perpetúan la “división sexual del trabajo”, como lo llamó Kergoat. Leemos en *Radicales libros*: “No era exactamente la partida de mi padre lo que me empezó a afectar. Todavía no sabía qué era eso. Puestos a reflexionar, antes de que se fuera, mi papá salía del trabajo todos los días después de dejarnos en la escuela y llegaba de noche, agotado, cuando ya estábamos bañados y a punto de dormir. Era otra cosa” (127).

Más tarde, cuando la madre (se) escapa, los hermanos se quedan al cuidado de Reyna, la asistenta; aunque finalmente será la narradora quien se ocupe de cocinar, no sus hermanos varones, a los que

además ayuda con las tareas escolares. También lo hará otra mujer de la familia, su hermana, que se encarga de buscar sus propios recursos y administrar el dinero: “*Todas las mañanas se levanta antes de que amanezca para ponerse los tubos eléctricos y vestirse como ejecutiva después de planchar su ropa. Y eso sin dejar de hacer la parte de la limpieza de la casa que le toca. Su cama, por supuesto, pero también el pasillo, lavar algo de trastes y limpiar uno de los baños*” (232-33). Con lo cual, aunque las dos hermanas representen a mujeres más liberales que la mayoría de las mexicanas de ese periodo, se les expropia el trabajo y actúan conforme a lo que se espera de su “clase social de sexo”, cuya vulnerabilidad es compartida con los niños, discapacitados, subjetividades disidentes, personas mayores, etc.

Será la tercera generación de mujeres de la familia la que empiece a ocupar los puestos de trabajo que eran exclusivos de hombres, a ganar más dinero que ellos y a no “hacer concesiones” (209). Aunque Beltrán no explicita a qué se refiere con “concesiones”, podemos inferir que alude al trabajo doméstico, que sigue sin ser remunerado, pero es más repartido. De hecho, la narradora afirma, dirigiéndose a su hija, interlocutora durante toda la obra: “Has huido del machismo en todas sus formas y lo has denunciado y seguirás haciéndolo, según dices, por toda la eternidad amén” (306). Y páginas después: “Tener una vida propia, hacer una vida propia es todo lo que soñaron las mujeres que nos antecedieron y es mucho más de lo que puede soñar mucha gente” (363).

En tercer y último lugar, me refiero al término de “apropiación” que propone la feminista materialista Guilloaumin, en su doble vertiente material e ideológica. Hay una apropiación de los varones del cuerpo, físico y social, de las mujeres: “El cuerpo es un factor primario en estos procesos de apropiación o desapropiación del sujeto que, frente/junto al yo, constituye su contraparte física, mental y existencial” (Moraña 102). Las tres generaciones de mujeres de la novela significan la relacionalidad de un “cuerpo unido”, como lo entiende Merleau-Ponty, un cuerpo social y un cuerpo individual que produce, además de materialidad –trabajo–, deseo –espectáculo– y vulnerabilidad –aniquilamiento–.

Lo corporal como dispositivo biopolítico viene representado a través de la madre de la voz narradora y de su relación erótica con el amante. Él la pinta desnuda, como a su hija, que poco a poco va marcando y reproduciendo su cuerpo a la manera del de su madre: con sus vestidos, adornos y poses. La performatividad, en el sentido butleriano, se produce no solo en el género sino en el acto de teatralización del ser-madre como objeto de deseo. El cuerpo deviene entonces en mercancía, tal y como indica Moraña: “Con un sentido lúdico y hedonístico, el disfrute del cuerpo sigue la lógica del disfrute y la reproducción del capital, con su valor de uso (energía sexual, por ejemplo) y su valor de cambio (el cuerpo como productor de energía y de placer)” (191).

Por otro lado, lo corporal como dispositivo necropolítico se explicita en dos ocasiones: una escena de violación y otra de violencia machista. En ambas se constata que “El cuerpo es el espacio primordial de la existencia, *la casa del yo*, y por tanto el lugar privilegiado de todas las operaciones interpersonales que la violencia desquicia y exaspera” (Moraña 271). Ya en *Efectos secundarios* hallamos la misma denuncia: “Calificarme por primera vez como [...] una mujer [...] tiene el inconveniente de [...] Ser vista como un cuerpo, el cuerpo del delito” (81). De este modo:

El cuerpo aparece entonces cosificado, politizado y convertido en “caso” que ilustra la defensa de políticas públicas, sin que la reflexión social penetre más sobre las causas profundas de la dominación y la desprotección de género, y sobre las dificultades que la mujer ha tenido que enfrentar para llegar a construir agendas de lucha. (Moraña 128)

Ocurre lo mismo en *Radicales libres*, donde la materialidad corporal encarna los signos de la violencia machista contra la mujer en el espacio doméstico y familiar; como pasa con Mariana, la amiga de la hija de la narradora, víctima de violencia de género, incapaz de denunciar al marido, aunque se autoproclame feminista. Asimismo, se presenta una escena cruda de violación que sufre la narradora: “Y me miró con sus tristes ojos color avellana al tiempo

que metió la mano derecha bajo el corpiño. La rechazé. Lo empujé. No entendí por qué decía una cosa y hacía otra. El hombre se abalanzó sobre mí y me besó frenéticamente, en el cuello, en el rostro que yo ponía en sentido contrario, aspirando su fétido aliento a vino fermentado” (203). Y, por su puesto, se alude repetidamente a la agresión generalizada contra la clase social de las mujeres que significan los feminicidios en México:

Me refiero al hecho de que violen y maten mujeres en esa cantidad aterradorante por el hecho de ser mujeres [...] Claro que las mujeres siempre hemos padecido abusos, menos o más atroces, dependiente del país y la condicional social, y que todo esto se ha normalizado de mil modos, como tú dices, pero te voy a decir algo: el peor de los abusos contra las mujeres es que nos vean a todas iguales ¿no? Como una masa anónima. (207)

En definitiva, el discurso de *Radicales libres* pone al descubierto los “regímenes de verdad” –Foucault *dixit*– de la sociedad patriarcal que perpetúan la dominación masculina, deconstruyendo la culpa: “Cómo que culpa de qué. Pues de eso. De haber sido blanco fácil de los avances del jardinero, de no haber podido detenerlo o de no habernos dado cuenta, de no haberme dado cuenta. Culpa de no acordarme bien” (97). Y, sobre todo, vindicando la lectura y el uso crítico del lenguaje –al igual que en *Efectos secundarios*– como arma para el empoderamiento feminista y la transformación social: “aunque todo lo que hoy se llama *bullying* y acoso y violencia de género y doméstica también existiera y tampoco nos diéramos cuenta” (20). Porque de eso se trata el libro: de darse cuenta de que el uso del lenguaje, como lo personal, es político.

Conclusiones

Entre la publicación de *Efectos secundarios* y la de *Radicales libres* media una década y un corte epistémico: el planteamiento emanci-

patorio de las mujeres que viene dado a través de los feminismos. En efecto, las mujeres de la ficción de Beltrán son sujetos “anormales” (Foucault) que reproducen su disidencia, radicalmente histórica, de generación en generación. A pesar de estar en contra de la regulación social y de la legitimación de la dominación natural, las mujeres de Beltrán no logran sustraerse al mandato de la explotación de su clase social de sexo, aunque escapan de la “apropiación” de sus cuerpos mediante redes de sororidad y afecto, “como elemento constitutivo de las subjetividades y como organizador de las relaciones interpersonales” (Moraña 247). Lo afectivo se vincula pues con lo corporal y lo emocional, con lo individual y lo colectivo, con lo material y lo simbólico, y, todo ello se torna agencia feminista dentro la ficción de Rosa Beltrán. De esta forma, los afectos se materializan en cosas (libros) y cuerpos (mujeres) para interpretar lo real políticamente y poner de manifiesto en el terreno de la ficción, que es el del pensamiento crítico, la relevancia de la materialidad y del género en el siglo XXI. Esto es: sus efectos radicales.

Obras citadas

- APPADURAI, Arjun, editor. *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías*, Grijalbo, 1991.
- BAUMAN, Zygmunt. *La cultura en el mundo de la modernidad líquida*, Fondo de Cultura Económica, 2013.
- BELTRÁN, Rosa. *Efectos secundarios*, 451, 2012.
- BENCOMO, Anadeli. “Geopolíticas de la novela hispanoamericana contemporánea: en la encrucijada entre narrativas extraterritoriales e internacionales”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* vol. 69, 2009, pp. 33-50.
- BENNETT, Jane. *Vibrant Matter: A Political Ecology of Things*, Duke UP, 2010.
- BOLLA, Luisina. “Cartografías feministas materialistas: Relecturas heterodoxas del marxismo”. *Nómadas* vol. 48, 2018, pp. 117-34.
- BOOTH, Wayne C. *La retórica de la ficción*, Antoni Bosch, 1974.

- BOURDIEU, Pierre. *La dominación masculina*, Anagrama, 2006.
- BUTLER, Judith. *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, Paidós, 2007.
- CURIEL, Ochy y Jules Falquet, editores. *El patriarcado al desnudo. Tres feministas materialistas*, Brecha Lésbica, 2005.
- DELPHY, Christine. “Un féminisme matérialiste est possible”. *L’ennemi principal*, 2. *Penser le Genre*, Syllepse, 2013.
- ESTRADA, Oswaldo. *Ser mujer y estar presente. Disidencias de género en la literatura mexicana contemporánea*, Universidad Nacional Autónoma de México, 2014.
- FOUCAULT, Michel. *Los anormales*, Fondo de Cultura Económica, 2006.
- GAGO, Verónica. *La potencia feminista o el deseo de cambiarlo todo*, traficantes de sueños, 2019.
- GALLEGO CUIÑAS, Ana. “Poéticas del mercado global en América Latina”. *Literatura y globalización. Latinoamérica en el nuevo milenio*. Editado por Eva Valero Juan y Oswaldo Estrada, Anthropos, 2019, pp. 37-57.
- . *Cultura literaria y políticas de mercado. Editoriales, ferias y festivales*, De Gruyter, 2022.
- GORODISCHER, Angélica. *Doquier*, Emecé, 2002.
- GUERRERO, Gustavo. *Paisajes en movimientos. Literatura y cambio social entre siglos*, Eterna Cadencia, 2018.
- GUILLAUMIN, Colette. *Sexe, race et pratique du pouvoir. L’idée de Nature*, UPF, 2016.
- KERGOAT, Danièle. “Division sexuelle du travail et rapports sociaux de sexe.” *Dictionnaire critique du féminisme*. Editado por Helena Hirata, PUFF, 2017. 31-42.
- LATOUR, Bruno. *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*, Manantial, 2008.
- LUGONES, María. “Colonialidad y Género”, *Tabula Rasa* vol. 9, 2008, pp. 73-101.
- MARTÍNEZ RUBIO, José. “El culturalismo como evasión. Violencia y horror en *Efectos secundarios* de Rosa Beltrán”. *Orillas* vol. 6, 2017, pp. 327-36.
- MORAÑA, Mabel. *Pensar el cuerpo. Historia, materialidad y símbolo*, Herder, 2021.

- PERUS, Françoise. “Leer no es consumir (la literatura latinoamericana ante la globalización”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* vol. 69, 2009, pp. 11-31.
- RIVERA CUSICANQUI, Silvia. *Ch'ixinakax utxiwa: una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores*, Tinta Limón, 2010.
- SAMUELSON, Sheyla. “La escritura como refugio y punto de resistencia: Entrevista con Rosa Beltrán”. *Confluencia* vol. 33, no. 1, 2017, pp. 144-60.
- SÁNCHEZ BECERRIL, Ivonne. “Subversión del género en *La muerte me da*, de Cristina Rivera Garza, y *Efectos secundarios*, de Rosa Beltrán”. *Diálogos culturales en la literatura iberoamericana*. Editado por Concepción Reverte Bernal, Verbum, 2013, pp. 1264-74.
- VALENCIA, Sayak. *Capitalismo gore*, Melusina, 2010.
- VARGAS LLOSA, Mario. *Conversación en La Catedral*, Alfaguara, 1999.
- WITTIG, Monique. *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*, Egales, 2006.